

especial para El Norte, edición del 9 de junio de 1991

Debate, debate, que algo queda

miguel ángel granados chapa

Domingo

OK

Si se publicó

Uno de los rasgos de la democracia política es la competencia electoral. Nos resulta difícil entenderlo cabalmente porque la nuestra, la tentativa de democracia en que hemos vivido, excluye tal competencia, o la ha permitido dentro de límites rígidos. Pero para que a su vez se produzca la competencia se requiere [~]la información y la discusión, el debate de las ideas y los programas políticos, así como el cotejo de personalidades de los candidatos a puestos de elección popular.

Si las elecciones no son un mero ejercicio azaroso^s, en que se escoge fortuitamente, tiene que haber un conocimiento de las propuestas partidarias, de manera que los ciudadanos las comparen entre sí y aprecien el grado de su viabilidad. No basta, en efecto, enunciar en un programa los buenos deseos que a cada quien se le puedan ocurrir, sino enfrentar tales anhelos con las posibilidades reales de llevarlos a cabo.

Esa comparación entre las ofertas políticas de las partes contendientes puede hacerse de diversas maneras. Ciudadanos muy interesados en la participación política --que debieramos serlo todos-- pueden allegarse la propaganda respectiva, y formular su propio cotejo, examinando lo que cada quien dice respecto de temas fundamentales. Ese papel pueden desarrollarlo también los medios de información, que presentan los criterios partidistas, a veces en forma de tablas que facilitan la comparación.

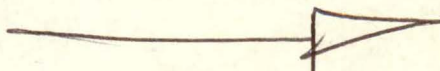
Pero nada sustituye la comparación directa que nace de la discusión entre los participantes. Sobre todo en la época contemporánea, en que el conocimiento directo de los candidatos resulta imposible para las grandes muchedumbres de votantes, el que éstos se presenten ante el público, y sean capaces además de defender sus propias ideas y de rebatir los argumentos de la parte contraria, constituye un elemento indispensable de la democracia. Eso ha sido visible en los países industriales especialmente después de la segunda guerra mundial, y en ello ha tenido un papel preponderante la televisión.

→

Claro que esa circunstancia agrega elementos más allá de la política que pueden distorsionar el debate ~~prop~~piamente ideológico, programático. Es decir, cuando se acude a los medios de difusión colectiva, es preciso adherirse a las formas propias de esos instrumentos, someterse a las reglas de su funcionamiento, y aceptar las consecuencias correspondientes. De hecho, la presentación en público, aun sin la presencia de los medios de ~~información~~ ^{difusión}, constituye un condicionante para un candidato, que puede introducir elementos de juicio diversos de los sustantivos. Es perfectamente posible imaginar a un candidato dotado de las mejores intenciones, con capacidades técnicas idóneas para convertir deseos en realidades, con ~~aptitud~~ ^{aptitud} para conocer el corazón de las personas y promover su participación en torno de una idea, y que sin embargo, no tenga una apariencia atractiva y carezca de la capacidad de articular un discurso. Ese sería un mal candidato, aunque se pudiera augurar que sería un buen gobernante. Y al contrario, es posible conocer presencias superficiales brillantes, que imantan a sus auditorios, y que no esconden más que vacuas personalidades incapaces de promover realmente un mejor destino para quienes los elijan, ^pengañados por su apariencia.

Los debates televisivos han sido determinantes de ciertas candidaturas célebres. El senador John F. Kennedy se abrió paso a la presidencia de los ~~Estados Unidos~~ Estados Unidos venciendo en una discusión al vicepresidente Richard Nixon hace ^{poco más de} ~~casi~~ treinta años. No sólo militaba en contra de Nixon su dureza facial (años después, subrayando la cerrazón de su barba, se le presentaba en carteles que preguntaban: "¿Le compraría usted un coche usado a este hombre?") ^U, sino también su menor habilidad para explicarse, para desarrollar sus ideas.

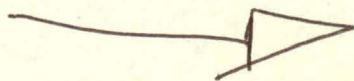
Algo semejante ocurrió más recientemente en Francia, cuando Mitterrand aprovechó su experiencia ante ~~los~~ grandes públicos para batir a ~~Mitterrand~~ Jacques Chirac y quedarse en el Palacio del Eliseo por un periodo jamás alcanzado antes en la historia.



En México carecemos de experiencia en tal sentido, no sólo por la naturaleza de nuestra democracia de partido dominante, sino también porque en general los candidatos no son dados a la expresión oral. Durante mucho tiempo, prosperaron los jilgueros, oradores que se encargaban de hablar en nombre del candidato en ocasiones de relativa mejor importancia, para que ~~se pudiera~~ evitar que aquel se prodigara y ~~se~~ reservara su palabra para las grandes oportunidades. Y ni pensar siquiera en un debate, ya no digamos en vivo y frente a las cámaras o grandes ~~auditorios~~ auditorios, sino ni siquiera en las páginas de los periódicos.

En realidad, han sido los candidatos del PRI los que han impedido que se realicen debates político-electorales con toda la gama de los partidos presentes en la contienda. En la campaña de 1982, se reunieron todos los candidatos presidenciales de la oposición en un desayuno organizado por periodistas. Si bien no hubo discusión propiamente hablando, ~~entre~~ Pablo Emilio Madero, Arnoldo Cándido Cerecero, Martínez Verdugo, Rosario Ibarra de Piedra, /Manuel Moreno Sánchez e Ignacio González Gollaz hicieron notable la ausencia de Miguel de la Madrid. Hace menos tiempo, en 1988, el reportero René Delgado propuso a todos los aspirantes al Poder Ejecutivo responder un cuestionario que cada uno recibió. Lo ~~respondieron~~ ^{contestaron} casi todos, y aparte de publicarse en el diario capitalino La Jornada, se reunieron los textos resultantes en un volumen editado por Grijalbo bajo el significativo título de La oposición. Porque, en efecto, se contienen allí las voces de Cuauhtémoc Cárdenas, Manuel J. Clouthier, Rosario Ibarra de Piedra, Heberto Castillo (ya que la entrevista le fue realizada antes del retiro de su candidatura) y Gumersindo Magaña, pero no la de Carlos Salinas, que respondió con silencio.

Tan buen debatidor como es, Salinas hubiera podido no sólo en ese debate por escrito y a distancia, sino incluso en uno vivo, salir airoso, porque articula bien su pensamiento y lo expresa con viveza. Y sin embargo, las tradiciones y las inercias lo apartan de un moderno modo de ejercer la democracia electoral que no debiera ser ya ajeno para el partido gubernamental. Es verdad que éste



debate/4
acudiría

~~pero~~ con ciertas desventajas a las discusiones a que se le invita, y por eso ha solido ausentarse. Tales desventajas, que por otro lado serían mínima compensación del hecho de ser el partido del poder, derivan de que se examinan en su caso realidades que con frecuencia no son dignas de aplauso y no expectativas sugerentes, que son ~~de~~ propias de la oposición. Con frecuencia, los candidatos del PRI no son los mejores entre sus compañeros, pues se les designa por procedimientos que no tienen que ver con la democracia. Y, por eso mismo, no están entrenados para la discusión pública, que es flor exótica en los avatares del quehacer priísta.

Por eso ha sido sorprendente y saludable que en la presente temporada electoral algunos candidatos priístas significativos hayan accedido a comparecer junto con sus antagonistas, en foros públicos donde se les pide que expongan y aun debatan sus posiciones. En el Distrito Federal, por ejemplo, el muy escuchado Monitor de Radio Red, conducido por José Gutiérrez Vivó consiguió que ^m conversaran entre sí, con el conductor y con el público, los aspirantes del PRI, el PAN y el PRD al escaño senatorial, ^e Manuel Aguilera, Abel Vigencio Tovar y Heberto Castillo. Y ha sido en Nuevo León donde por primera vez candidatos a la gubernatura son capaces de sostener un debate que muestre cómo de manera civilizada es posible sostener las propias convicciones, instar a otros a que las compartan y, sin embargo, convivir con quienes piensan de modo diverso y propagandiza ^m ese modo de pensar.

Claro que se requería la conjugación de varios factores, entre los cuales la personalidad de los candidatos cuenta de modo sobresaliente. A pesar de que el proceso interno del que surgió su candidatura no fue el mecanismo que realmente lo condujo a la ~~la~~ postulación, Sócrates Rizzo es un aspirante moderno, que debe legitimarse ante los votantes, a fin de terminar de borrar huellas de su pasado, ^{así} ~~en~~ en lo ideológico como en su desarraigo personal de la entidad. Cuenta con la audacia que es característica de la generación y del grupo salinista a que pertenece, y la combinación de esas circunstancias lo hicieron procliv



a entablar debate en que su presencia sea advertida por su auditorio como identificada plenamente con los valores y modos de ser de los nativos de Nuevo León. Rogelio Sada Zambrano, por su parte, es un demócrata convicto. Su participación en foros como la Asamblea para la Defensa del Sufragio Efectivo (Adese), de la que más tarde se separó, y luego en el Consejo para la Democracia, enseña su convencimiento de que escenarios donde se expresen opiniones diversas son útiles para el desarrollo de formas participativas en los asuntos públicos. Lucas de la Garza, en fin, ha podido construirse un espacio que parecía imposible para un partido como el que lo postula, gracias a su pertenencia real a la comunidad regiomontana, a su conocimiento de la clase política y empresarial de Nuevo León y al hecho de que, luego de su caída en el camino de Damasco, está persuadido de que es preciso acabar con el dominio ~~del~~ PRI del que fue miembro.

La comparencia de los tres ante los miembros de la Cámara de la Industria de Transformación muestra asimismo la creciente apertura de los empresarios a oír las opciones que se presentan en el escenario electoral. Esa es una señal de cómo la sociedad abierta requiere que sus segmentos se abran también, y ^{no} ~~han~~ se dejen ~~dejar~~ vencer por el prejuicio.

Digamos, por último, que es notable, aunque sea normal, que el pluralismo de la sociedad se exprese a través de esos candidatos y sus respectivos partidos. En las próximas elecciones federales participarán hasta diez agrupaciones. Y aunque muy pocas de ellas podrán siquiera presentar candidatos en todos los distritos, la aparición de sus símbolos en ~~las boletas~~ las boletas podría dar la impresión de que se trata de alternativas reales. Salvo el PRI, el PAN y el PRD, casi ninguna otra lo es en realidad. Eso ocurre en términos nacionales y también en ~~la~~ Nuevo León. Se trata de partidos de presencia precaria y rostros escuálidos (me refiero por ^a ~~a~~ ^{esos} rasgos fisiónómicos en política, no a la faz de sus militantes), que tienen derecho a buscar el asentimiento de los ciudadanos. Pero casi ninguno de ellos, salvo los tres citados expresamente, podrán obtenerlo en las cifras bastantes para permanecer en el escenario político.

~~Mientras tanto, felicitémonos de que ~~se~~ haya discusión pública. En versión~~
~~Sada a~~

Debate, debate, que algo queda

Uno de los rasgos de la democracia política es la competencia electoral. Nos resulta difícil entenderlo cabalmente porque en la nuestra, la tentativa de democracia que hemos vivido, excluye tal competencia, o la ha permitido dentro de límites rígidos. Pero para que a su vez se produzca la competencia se requieren la información y la discusión, el debate de las ideas y los programas políticos, así como el cotejo de personalidades de los candidatos a puestos de elección popular.

Si las elecciones no son un mero ejercicio azaroso, en que se escoge fortuitamente, tiene que haber un conocimiento de las propuestas partidarias, de manera que los ciudadanos las comparen entre sí y aprecien el grado de su viabilidad. No basta, en efecto, enunciar en un programa los buenos deseos que a cada quien se le puedan ocurrir, sino enfrentar tales anhelos con las posibilidades reales de llevarlos a cabo.

Esa comparación entre las ofertas políticas de las partes contendientes puede hacerse de diversas maneras. Ciudadanos muy interesados en la participación política —que debiéramos serlo todos— pueden allegarse la propaganda respectiva y formular su propio cotejo, examinando lo que cada quien dice respecto de temas fundamentales. Ese papel pueden desarrollarlo también los medios de información, que presentan los criterios partidistas, a veces en forma de tablas que facilitan la comparación.

Pero nada sustituye la comparación directa que nace de la discusión entre los participantes. Sobre todo en la época contemporánea, en que el conocimiento directo de los candidatos resulta imposible para las grandes muchedumbres de votantes, el que éstos se presenten ante el público, y sean capaces además de defender sus propias ideas y de rebatir los argumentos de la parte contraria, constituye un elemento indispensable de la democracia. Eso ha sido visible en los países industriales, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, y en ello ha tenido un papel preponderante la televisión.

Claro que esa circunstancia agrega elementos más allá de la política que pueden distorsionar el debate propiamente ideológico, programático. Es decir, cuando se acude a los medios de difusión colectiva es preciso adherirse a las formas propias de esos instrumentos, someterse a las reglas de su funcionamiento, y aceptar las consecuencias correspondientes. De hecho, la presentación en público, aun sin la presencia de los medios de difusión, constituye un condicionante para un candidato, que puede introducir elementos de juicio diversos de los sustantivos. Es perfectamente posible imaginar a un candidato dotado de las mejores intenciones, con capacidades técnicas idóneas para convertir deseos en realidades, con aptitud para conocer el corazón de las personas y promover su participación en torno a una idea, y que, sin embargo, no tenga una apariencia atractiva y carezca de la capacidad de articular un discurso. Ese sería un mal candidato, aunque se pudiera augurar que sería un buen gobernante. Y al contrario, es posible conocer presencias superficiales brillantes, que imantan a sus auditorios, y que no esconden más que vacuas personalidades incapaces de promover realmen-



te un mejor destino para quienes los elijan, engañados por su apariencia.

Los debates televisivos han sido determinantes de ciertas candidaturas célebres. El senador John F. Kennedy se abrió paso a la presidencia de los Estados Unidos venciendo en una discusión al vicepresidente Richard Nixon hace poco más de 30 años. No sólo militaba en contra de Nixon su dureza facial (años después, subrayando la cerrazón de su barba, se le presentaba en carteles que preguntaban: "¿Le compraría usted un coche usado a este hombre?"), sino también su menor habilidad para explicarse, para desarrollar sus ideas.

Algo semejante ocurrió más recientemente en Francia, cuando Mitterrand aprovechó su experiencia ante grandes públicos para batir a Jacques Chirac y quedarse en el Palacio del Elíseo por un periodo jamás alcanzado antes en la historia.

En México carecemos de experiencia en tal sentido, no sólo por la naturaleza de nuestra democracia de partido dominante, sino también porque en general los candidatos no son dados a la expresión oral. Durante mucho tiempo prosperaron los *jilgueros*, oradores que se encargaban de hablar en nombre del candidato, en ocasiones de relativa menor importancia, para evitar que aquél se prodigara y reservara su palabra para las grandes oportunidades. Y ni pensar siquiera en un debate, ya no digamos en vivo y frente a las cámaras o grandes auditorios, sino ni siquiera en las páginas de los periódicos.

En realidad, han sido los candidatos del PRI lo que han impedido que se realicen debates político-electorales con toda la gama de los partidos presentes en la contienda. En la campaña de 1982 se reunieron todos los candidatos presidenciales de la oposición en un desayuno organizado por periodistas. Si bien no hubo discusión propiamente hablando, Pablo Emilio Madero, Arnoldo Martínez Verdugo, Rosario Ibarra de Piedra, Cándido Cerecero, Manuel Moreno Sánchez e Ignacio González Collaz hicieron notable la ausencia de Miguel de la Madrid. Hace menos tiempo, en 1988, el reportero René Delgado propuso a todos los aspirantes al Poder Eje-

cutivo responder un cuestionario que cada uno recibió. Lo contestaron casi todos, y aparte de publicarse en el diario capitalino *La Jornada*, se reunieron los textos resultantes en un volumen editado por Grijalbo bajo el significativo título de *La Oposición*. Porque, en efecto, se contienen allí las voces de Cuauhtémoc Cárdenas, Manuel J. Clouthier, Rosario Ibarra de Piedra, Heberto Castillo (ya que la entrevista le fue realizada antes del retiro de su candidatura) y Gumsindo Magaña, pero no la de Carlos Salinas de Gortari, que respondió con silencio.

Tan buen debatidor como es, Salinas hubiera podido no sólo en ese debate por escrito y a distancia, sino incluso en uno vivo, salir airoso, porque articula bien su pensamiento y lo expresa con viveza. Y sin embargo, las tradiciones y las inercias lo apartan de un moderno modo de ejercer la democracia electoral que no debiera ser ya ajeno para el partido gubernamental. Es verdad que éste acudiría con ciertas desventajas a las discusiones a que se le invita, y por eso ha solido ausentarse. Tales desventajas, que por otro lado sería mínima compensación del hecho de ser el partido del poder, derivan de que se examinan en su caso realidades que con frecuencia no son dignas de aplauso, y no expectativas sugerentes, que son propias de la oposición. Con frecuencia los candidatos del PRI no son los mejores entre sus compañeros, pues se les designa por procedimientos que no tienen que ver con la democracia. Y, por eso mismo, no están entrenados para la discusión pública, que es flor exótica en los avatares del quehacer priísta.

Por eso ha sido sorprendente y saludable que en la presente temporada electoral algunos candidatos priístas significativos hayan accedido a comparecer, junto con sus antagonistas, en foros públicos donde se les pide que expongan y aun debatan sus posiciones. En el Distrito Federal, por ejemplo, el muy escuchado Monitor de Radio Red, conducido por José Gutiérrez Vivó, consiguió que conversaran entre sí, con el conductor y con el público, los aspirantes del PRI, el PAN y el PRD al escaño senatorial, Manuel Aguilera, Abel Vicensio Tovar y Heberto Castillo. Y ha

sido en Nuevo León donde por primera vez candidatos a la gubernatura son capaces de sostener un debate que muestre cómo de manera civilizada es posible sostener las propias convicciones, instar a otros a que las compartan y, sin embargo, convivir con quienes piensan de modo diverso y propagandizan ese modo de pensar.

Claro que se requería la conjugación de varios factores, entre los cuales, la personalidad de los candidatos cuenta de modo sobresaliente. A pesar de que el proceso interno del que surgió su candidatura no fue el mecanismo que realmente lo condujo a la postulación, Sócrates Rizzo es un aspirante moderno, que debe legitimarse ante los votantes, a fin de terminar de borrar huellas de su pasado, así en lo ideológico como en su desarraigo personal de la entidad. Cuenta con la audacia que es característica de la generación y del grupo salinista a que pertenece, y la combinación de esas circunstancias lo hicieron proclive a entablar debate en que su presencia sea advertida por su auditorio como identificada plenamente con los valores y modos de ser de los nativos de Nuevo León. Rogelio Sada Zambrano, por su parte, es un democrata convicto. Su participación en foros como la Asamblea para la Defensa del Sufragio Efectivo (Adese), de la que más tarde se separó, y luego en el Consejo para la Democracia, enseña su convencimiento de que escenarios donde se expresen opiniones diversas son útiles para el desarrollo de formas participativas en los asuntos públicos. Lucas de la Garza, en fin, ha podido construirse un espacio que parecía imposible para un partido como el que lo postula, gracias a su pertenencia real a la comunidad regiomontana, a su conocimiento de la clase política y empresarial de Nuevo León y al hecho de que, luego de su caída en el camino de Damasco, está persuadido de que es preciso acabar con el dominio del PRI del que fue miembro.

La comparecencia de los tres ante la Cámara de la Industria de Transformación muestra asimismo la creciente apertura de los empresarios a oír las opciones que se presentan en el escenario electoral. Esa es una señal de cómo la sociedad abierta requiere que sus segmentos se abran también, y no se dejen vencer por el prejuicio.

Digamos, por último, que es notable, aunque sea normal, que el pluralismo de la sociedad se exprese a través de esos candidatos y sus respectivos partidos. En las próximas elecciones federales participarán hasta diez agrupaciones. Y aunque muy pocas de ellas podrán siquiera presentar candidatos en todos los distritos, la aparición de sus símbolos en las boletas podría dar la impresión de que se trata de alternativas reales. Salvo el PRI, el PAN, y el PRD, casi ninguna otra lo es en realidad. Eso ocurre en términos nacionales y también en Nuevo León. Se trata de partidos de presencia precaria y rostros escuálidos (me refiero por supuesto a esos rasgos fisonómicos en política, no a la faz de sus militantes), que tienen derecho a buscar el asentimiento de los ciudadanos. Pero casi ninguno de ellos, salvo los tres citados expresamente, podrán obtenerlo en las cifras bastantes para permanecer en el escenario político.

